

La causa de la derrota

Rosa Luxemburg

23 de abril de 1902

(“Die Ursache der Niederlage”, *Die Neue Zeit*, año XX, volumen 2, 1901-1902; firmado el 23 de abril de 1902)

I Cuando triunfa el oportunismo	1
II Parlamentarismo o acción de masas	3
III El burocratismo contra la espontaneidad.....	5

El desmoronamiento repentino de la gran acción de la clase obrera belga, hacia la cual estaban dirigidas las miradas de todo el proletariado internacional, es un duro golpe para el movimiento de todos los países. Sería inútil consolarnos con las frases generales habituales diciendo que la lucha sólo está postergada, que tarde o temprano también ganaremos en Bélgica. Para juzgar tal o cual episodio de la lucha de clases, no basta considerar la marcha general de la historia, que en fin de cuentas nos beneficia. Esta no es más que la condición objetiva de nuestras luchas y victorias. Lo que es preciso considerar son los elementos subjetivos, la actitud consciente de la clase obrera combativa y de sus jefes, actitud que apunta claramente a asegurarnos la victoria por el camino más rápido. Desde este punto de vista, inmediatamente después de la derrota, nuestra primera tarea es darnos cuenta lo más claramente posible de sus causas.

I Cuando triunfa el oportunismo

Lo que surge ante todo con absoluta claridad cuando se pasa revista a la corta campaña de las últimas semanas, es la falta de una táctica clara y consecuente de nuestros líderes belgas.

Como primera medida los vemos limitar la lucha al marco de la cámara. Aunque desde el comienzo no hubiera, por así decirlo, ninguna esperanza de que la mayoría clerical capitulara, la fracción socialista parecía no querer proclamar la huelga general. Esta estalló por la decisión soberana de la masa proletaria impaciente. El 14 de abril se podía leer en *Le Peuple* de Bruselas: “Se dice que si gobierno está decidido a mantenerse hasta el fin, y también la clase se prepara para todo. Y por eso la huelga general acaba de ser proclamada en todo el país, no por los órganos políticos del partido, sino por sus órganos económicos, no por sus diputados, sino por sus delegados sindicales. Es el mismo proletariado organizado que, no viendo otros medios para vencer, acaba de decidir solemnemente interrumpir el trabajo en todas partes”.

El diputado Demblon, el 18 de abril, hizo la misma comprobación en la cámara: “¿Quién se atrevería a decir aún hoy que nadie está en estado de agitación, sino los

mismos agitadores, frente a la fulminante explosión de la huelga general, que nosotros mismos no esperábamos?” (véase informe parlamentario de *Le Peuple* del 19 de abril)

Al haber estallado espontáneamente la huelga general, los jefes socialistas se declararon inmediatamente solidarios de las masas y a la huelga general, como el supremo medio de lucha. *La huelga general hasta la victoria*, tal fue la consigna lanzada por la fracción socialista y por la dirección del partido. El 15 de abril *Le Peuple* escribe: “Desde el fondo de su alma, los socialistas habrían deseado no verse llevados a la huelga general, y el congreso de pascuas del partido, remitiéndose a las circunstancias para determinar el instrumento conveniente de lucha, no habría decidido nada al respecto. Pero solamente la huelga general es capaz de asegurarnos definitivamente y a pesar de todo la victoria”.

Le Peuple del 17 de abril dice: “No hay ni cansancio ni descorazonamiento en la clase obrera, lo juramos en su nombre. Lucharemos hasta la victoria.”

Le Peuple del 18 afirma: “La huelga general durará tanto tiempo como sea necesario para conquistar el sufragio universal.”

El mismo día, el Consejo General del Partido Obrero decidió *continuar la huelga general*, después que la cámara rechazara la revisión.

La mañana del 20 de abril, el órgano central del partido de Bruselas asegura: “Continuar la huelga general es salvar el sufragio universal.”

Y el mismo día, la fracción socialista y la dirección del partido, con una súbita media vuelta, decidieron terminar la huelga general.

Las mismas vacilaciones se manifestaron con respecto a la otra consigna de la campaña: la disolución del parlamento. Cuando el 15 de abril, los liberales la reclamaron a la cámara, los socialistas se abstuvieron de intervenir y por lo tanto no votaron tampoco a favor del aplazamiento del momento decisivo, aplazamiento deseado por la burguesía.

Puestos frente a la decisión de terminar la huelga general, nuestros camaradas retoman esa consigna y *Le Peuple* del 20 de abril recomienda a los obreros: “¡Redamad por todas partes y a voz en cuello la disolución del parlamento!” Incluso estos últimos días se nota un giro sobre el mismo tema en la actitud de los jefes. *Le Peuple* del 20 de abril presenta *la huelga general* como el único medio de imponer la disolución de la cámara. Pero, ese mismo día, la dirección del partido decide terminar la huelga general, y desde entonces la única vía que permite conseguir la disolución del parlamento parece ser la intervención del rey.

Así se enmarañaban, se cruzaban y se chocaban mutuamente las diferentes consignas en el transcurso de la reciente campaña belga: obstrucción al parlamento, huelga general, disolución de la cámara, intervención del rey. Ninguna de esas consignas fue proseguida hasta el final y por último toda la campaña fue ahogada de un solo golpe, sin ninguna razón aparente, y los obreros fueron mandados de vuelta a sus casas, consternados, con las manos vacías.

Si no se podía esperar que la mayoría parlamentaria consintiera en revisar la constitución, no se comprende por qué se recurrió a la huelga general con tanta vacilación y repugnancia. No se explica por qué, de pronto, precisamente cuando tomaba un buen impulso, fue suspendida cuando se había reconocido que era el único medio de lucha.

Si la disolución del parlamento y nuevas elecciones realmente dejaban prever la derrota de los clericales, es imposible entonces la pasividad de nuestros diputados cuando los liberales propusieron disolver el parlamento, y más imposible todavía comprender toda la campaña actual para la revisión de la constitución, que de todos modos podía ser conseguida efectivamente en las próximas elecciones. Pero si es vana

la esperanza puesta en nuevas elecciones bajo el sistema electoral actual, es a su vez incomprensible el entusiasmo actual de los socialistas por esa consigna.

Todas estas contradicciones parecen insolubles en tanto se analiza la táctica socialista *en sí* en la campaña belga, pero ellas se explican muy simplemente en cuanto se considera el campo socialista en su unión con el campo *liberal*.

Ante todo fueron los liberales quienes determinaron el programa de los socialistas en la reciente lucha. Fundamentalmente por designio el partido obrero tuvo que renunciar al sufragio femenino para adoptar la representación proporcional como cláusula de la constitución.

Los liberales dictaron igualmente a los socialistas los *medios* de la lucha, alzándose *contra* la huelga general incluso antes que hubiera estallado, imponiéndole los límites legales cuando se desencadenó, lanzando primero la consigna de la disolución de la cámara, apelando al rey como árbitro supremo y decidiendo por fin en su sesión del 19, *contrariamente* a la decisión de la dirección del partido socialista del 18 de abril, la culminación de la huelga general. La tarea de los jefes socialistas no era sino transmitir a la clase obrera las consignas lanzadas por sus aliados y hacer la música de agitación que correspondía al texto liberal. Finalmente, el 20 de abril, los socialistas pusieron en ejecución la última decisión de los liberales mandando la retirada de sus tropas.

Así, en toda la campaña, los *liberales* aliados con los socialistas aparecen como los verdaderos *jefes*, los socialistas como sus sometidos ejecutantes y la clase obrera como una masa pasiva, arrastrada por los socialistas a remolque de la burguesía.

La actitud contradictoria y tímida de los jefes de nuestro partido belga se explica por su posición intermedia entre la masa obrera, que se entrena en la lucha, y la burguesía liberal que la retiene por todos los medios.

II Parlamentarismo o acción de masas

No solamente el carácter vacilante de esta campaña, sino también su derrota final, se explican por la posición dirigente de los liberales.

En la lucha por el sufragio universal desde 1886 hasta el momento actual, la clase obrera belga hizo uso de la huelga de masas como el medio político más eficaz. Fue a la huelga de masas a la que debió, en 1891, la primera capitulación del gobierno y el parlamento: el comienzo de revisión de la constitución. A ella le debió, en 1893, la segunda capitulación del partido dirigente: el sufragio universal con voto plural.

Es evidente que, incluso esta vez, solamente la presión de las masas obreras sobre el parlamento y sobre el gobierno permitió arrancar un resultado palpable. Si la defensa de los clericales fue desesperada ya en el último decenio del siglo pasado, cuando no se trataba más que del comienzo de las concesiones, a todas luces debía convertirse en una lucha a muerte ahora que se trata de entregar el resto: la dominación parlamentaria. Era evidente que los ruidosos discursos en la cámara no podían conseguir nada. Hacía falta la presión máxima de las masas para vencer la resistencia máxima del gobierno.

Frente a ello, las vacilaciones de los socialistas en proclamar la huelga general, la esperanza secreta pero evidente, o por lo menos el deseo de triunfar, en lo posible, sin recurrir a la huelga general, aparecen desde un comienzo como el primer síntoma del reflejo de la política liberal sobre nuestros camaradas, de esta política que en todas las épocas, se sabe, creyó poder quebrantar las murallas de la reacción con el sonido de las trompetas de la grandilocuencia parlamentaria.

No obstante, la aplicación de la huelga general en Bélgica es un problema claramente determinado. Por su repercusión *económica* directa, la huelga actúa ante todo en desmedro de la burguesía industrial y comercial, y en una medida muy reducida solamente en detrimento de su enemigo verdadero, el partido clerical. En la lucha actual, la repercusión *política* de la huelga de masas sobre los clericales en el poder no puede ser, por tanto, más que un efecto *indirecto* ejercido por la presión que la burguesía liberal, molestada por la huelga general, transmite al gobierno clerical y a la mayoría parlamentaria. Además, la huelga general también ejerce una presión política *directa* sobre los clericales, apareciéndoseles como el precursor, como la primera etapa de una verdadera revolución callejera en gestación. Para Bélgica, la importancia política de las masas obreras en huelga residió siempre, y aún hoy, en el hecho de que en caso de rechazo obstinado de la mayoría parlamentaria, están dispuestas y son capaces de vencer al partido en el poder por medio de disturbios, por medio de sublevaciones callejeras.

La alianza y el compromiso de nuestros camaradas belgas con los liberales privaron a la huelga general de su efecto político en dos puntos.

Imponiendo de *antemano* límites y formas legales a la lucha, bajo la presión de los liberales, prohibiendo toda manifestación, todo espíritu de la masa, disipaban la fuerza política latente de la huelga general. Los clericales no tenían por qué temer una huelga general que *de todas maneras* no quería ser otra cosa que una huelga pacífica. Una huelga general, encadenada de *antemano* a los hierros de la legalidad, se asemeja a una demostración de guerra con cañones cuya carga habría sido previamente arrojada al agua, a la vista del enemigo. Ni siquiera un niño se asusta de una amenaza “con los puños en el bolsillo”, así como lo aconseja seriamente *Le Peuple* a los huelguistas, y una clase en el poder, luchando hasta la muerte por su dominación política, se asusta menos todavía. Precisamente por eso en 1891 y 1893 le bastó al proletariado belga con abandonar tranquilamente el trabajo para romper la resistencia de los clericales, que podían temer que la paz se trocara en disturbio y la huelga en revolución. Por eso, incluso esta vez, la clase obrera quizá no hubiera necesitado recurrir a la violencia si los dirigentes no hubiesen descargado su arma de *antemano*, si no hubiesen hecho de la expedición de guerra una parada dominical y del tumulto de la huelga general una simple falsa alarma.

Pero, en segundo lugar, la alianza con los liberales aniquiló el otro efecto, el efecto directo de la huelga general. La presión de la huelga sobre la burguesía sólo tiene importancia política si la burguesía está obligada a transmitir esta presión a sus superiores políticos, a los clericales que gobiernan. Pero esto sólo se produce si la burguesía se siente súbitamente asaltada por el proletariado y se ve incapaz de escapar a este empuje.

Este efecto se pierde en cuanto la burguesía se encuentra en una situación cómoda que le permite trasladar, sobre las masas proletarias que lleva a remolque, la presión que padece, antes que transmitirla a los gobiernos clericales, desembarazándose de este modo de un peso difícil con un simple movimiento del hombro. La burguesía belga se encontraba precisamente en esta situación en el transcurso de la última campaña: gracias a la alianza, ella podía determinar los movimientos de las columnas obreras y hacer cesar la huelga general en caso de necesidad. Esto es lo que ocurrió, y en cuanto la huelga comenzó a importunar seriamente a la burguesía, ésta lanzó la orden de volver al trabajo. Y aquí terminó la “presión” de la huelga general.

Así, la derrota final aparece como la consecuencia inevitable de la táctica de nuestros camaradas belgas. Su acción parlamentaria no dio resultados porque la presión de la huelga general que apoyaba esta acción no se presentó. Y la huelga general

tampoco porque, detrás de ella, no estaba el espectro amenazador del libre desarrollo del movimiento popular, el espectro de la revolución.

En una palabra, la acción extraparlamentaria fue sacrificada a la acción parlamentaria, pero, precisamente a causa de ello, ambas fueron condenadas a la esterilidad, y toda la lucha al fracaso.

III El burocratismo contra la espontaneidad

El episodio de la lucha por el sufragio universal que acaba de terminar representa un viraje en el movimiento obrero belga. Por primera vez en Bélgica el partido socialista entró en la lucha ligado al partido liberal por un compromiso formal, y, del mismo modo que la fracción ministerialista del socialismo francés aliada al radicalismo, se encontró en la situación de Prometeo encadenado. ¿Sabrán o no liberarse nuestros camaradas del abrazo asfixiante del liberalismo? De la respuesta a esta pregunta depende, no vacilamos en decirlo, el porvenir del sufragio universal en Bélgica y del movimiento obrero en general. Pero la experiencia reciente de los socialistas belgas es preciosa para el proletariado internacional. No será nuevamente sino un electo de ese simún tibio y enervante del oportunismo que sopla desde hace algunos años, y que se manifestó en la alianza funesta de nuestros amigos belgas con la burguesía liberal.

La decepción que acabamos de sufrir en Bélgica debería ponernos en guardia contra una política que, extendiéndose a todos los países, conduciría a graves derrotas y finalmente al relajamiento de la disciplina y de la confianza ilimitada que las masas obreras tienen en nosotros, los socialistas; de esas masas sin las cuales no somos nada y que algún día podríamos perder con ilusiones parlamentarias y experiencias oportunistas.

23 de abril de 1902

Edicions Internacionals Sedov

germinal_1917@yahoo.es

Valencia, julio de 2018

Edicions internacionals Sedov



Consulta nuestro catálogo

Y el de nuestro sello hermano

